de la Iglesia: ¡tan cierto es, como hemos dicho ya, que la verdadera libertad y la sumision verdadera solo se encuentran en el seno de la autoridad legítima, fuera del cual no hay mas que rebeldía y servidumbre!

La economía de la presente obra no nos permite estendernos en mas detalles. Por ellos veriamos siempre que al través de tantos sacudimientos, lo que de cristianismo quedaba en la reforma, iba disolviéndose cada vez mas. Pero veriamos que no podia suceder otra cosa, si atendemos á que á la *Confesion de Ausburgo*, que debia ser un símbolo, se la llamaba, en el formulario de las concordancias, *símbolo de su tiempo*, y á que el mismo Melanchthon, el mas sabio de los apóstoles de la reforma, escribió que: Los ARTÍCULOS DE LA FÉ DEBEN CAMBIARSE CON FRECUENCIA, Y ADAPTARSE Á LOS TIEMPOS Y Á LAS CIRCUNSTANCIAS.

Semejantes palabras podrian llamarse el *epígrafe* del protestantismo, y el *epitafio* del cristianismo y de toda religion.

En efecto, como dice muy bien uno de los mas juiciosos teólogos *protestantes* ya citado, Staudlin: "Las verdades de la Religion no pueden nunca pro-"gresar, no pueden estar sujetas á ningun cambio, "ni llegar á la edad viril, porque jamas tuvieron "infancia ni juventud; siempre inmutables, alcan-"zaron desde el principio y por completo toda la "perfeccion que les convenia. El que hable de la "perfectibilidad del dogma de una religion revelada, "desconoce absolutamente el carácter de la reve-"lacion (1)."

Este *perfectibilismo*, ó mas bien, este espíritu de eternas variaciones, es, sin embargo, el carácter primitivo de la reforma. Melanchthon lo confiesa, y el autor de la *Historia de las sectas religiosas* se lo echa en cara con mucha oportunidad: "Si las "variaciones son una parte integrante del protes-"tantismo, es inútil el arreglar fórmulas, actos sim-"bólicos, confesiones, &c. (2)" Segun esta ley, no debe estrañarse en efecto, que el protestante niegue mañana la trinidad, luego la encarnacion de Jesucristo, su muerte expiatoria, su divinidad, toda la Biblia, y que en su lugar admita el Alcorán, sin dejar por esto de ser un buen protestante; pues *los artículos de la fé deben cambiar con frecuencia, y acomodarse á los tiempos y circunstancias.*

El protestantismo no ha desobedecido á esta ley, sobre todo, si hemos de juzgar por la siguiente pintura que trazó una mano protestante:

"En el dia, nos hallamos muy distantes del ca-"mino que nos abrieron nuestros abuelos á princi-"pios del siglo XVI. Lutero y Calvino tienen en-"tre nosotros pocos sectarios; á nuestro partido, "fraccionado en mil subdivisiones distintas, no se "le ve en ninguna parte, y nuestros mismos hijos "nos son adversarios. Cuáqueros, puritanos, ana-"baptistas, armenios, gomoristas, unitarios, racio-"nales, supralapsarios, no conformistas, en una pa-"labra, una multitud de sectas salidas de nuestro "seno ha introducido entre nosotros tal confusion, "que la misma muchedumbre de jefes nos hace "acéfalos. Ni sabemos á quién pertenecemos, ni "bajo qué banderas estamos afiliados. Teistas hoy, "y mañana cristianos, tan pronto nos inclinamos á "la religion natural, tan pronto á la revelada. Al "espíritu de partido que en otro tiempo nos anima-"ba, ha sucedido una diferencia tal por todos los "partidos, que creo que el sistema dominante es el "pirronismo (1)."—Escribióse esto cuarenta años atrás: calcúlese el progreso que se ha ido efectuando después, progreso inevitable, porque el protestantismo no vuelve nunca á ser lo que fué una vez, no puede permanecer siendo lo que es; una pendiente irresistible lo arrastra hácia su fin, en el cual ha de sufrir una nueva metamórfosis. Su misma constitucion es lo que mas corroe su existencia.

En efecto, la constitucion del protestantismo (no importa que resumamos nuestras ideas sobre este punto) consiste en tomar á la razon *natural* por intérprete esclusivo de la revelacion. Importando necesariamente la revelacion verdades *sobrenaturales*, esto es, que están fuera del alcance de la razon *natural*, no puede ser interpretada por ésta sin dejar de serle superior, y por consiguiente sin dejar de contener verdades *sobrenaturales*. Es tan claro esto como la luz del dia. El racionalismo conduce invenciblemente al naturalismo, y la revelacion supone necesariamente en sí, como complemento directo, una autoridad de su misma naturaleza, esto es, sobrenatural, que enseñe. La razon puede y debe ecsaminar el sello de esta autoridad; pero una vez reconocida, no puede mezclarse como soberana en el ecsámen crítico de las verdades que enseña, sin desnaturalizarlas y contradecirlas. Puede estudiar para penetrar estas verdades, pero no para regularizarlas; elevarse á su altura, pero no rebajarlas á su nivel so pena de destruirlas y de empobrecerse á sí misma, creyendo elevarse sobre sus ruinas. De aquí se sigue que, obrando el protestantismo fuera del círculo de estos principios, debia tender inevitablemente á la estincion de toda creencia, y, como les echaba en cara Jurieu á los socinianos, *á esa religion de plataforma que allana todas las prominencias.*

Pero el mismo Jurieu era inconsecuente en semejante reprension; porque la *autoridad de la Escritura*, que es la única cosa que opone á los socinianos, no basta de ninguna manera para contenerlos, como no podia contenerlos él mismo. En efecto: desde el momento en que la razon se constituye intérprete de la Escritura, no puede ésta obligar á aquella sino en cuanto su testo es claro y preciso. Quien no habla con claridad nada decide. La Escritura, que en tantos pasajes parece enseñar cosas misteriosas, ininteligibles, y que la razon no puede comprender, como la Trinidad, la Encarnacion, la Transubstanciacion, &c., es menester ó reputarla obscura, es decir, muda y nula sobre todos estos puntos, ó atribuirla el sentido á que la razon puede

(1) *Suplementos para la Religion y la moral*, p. 190 3.ª part.
(2) T. II, p. 242.

(1) El traductor de Beaufort, citado por el baron de Stark. [*Razon del Cristianismo*, t. III.]

acomodarse aunque sea violentando su testo. Así, al encontrar estas palabras: *Este es mi cuerpo*, &c., la razon libre, ó mas bien obligada á interpretarlas, dirá: Tomado este testo al pié de la letra, no es inteligible y repugna al sentido comun; por consiguiente no puedo admitirlo y debo desecharlo ó hacerlo *razonable*, leyendo: *Figuraos que este es mi cuerpo*, y aun así no hará mas que una concesion á los tiempos y á las circunstancias que han de cambiar, y con ellos los artículos de fé, hasta que de cambio en cambio lleguen á aquella *plataforma de la razon que nivela todas las prominencias.*

A esto ha llegado en nuestros dias el protestantismo. La misma autoridad de la Escritura, corroida por la razon individual, ha desaparecido, y no queda de ella mas que el título y la envoltura. Lessing lo ha espresado ingeniosamente por medio del siguiente apólogo:

Un viajero que arribó á una isla, encontró en ella unos niños, hijos de padres europeos que acababan de morir. Á la pregunta que les hizo de si eran cristianos, contestaron los niños muy afirmativamente, pero sin poder justificar de ninguna manera lo que de sus padres habian aprendido. Interrogados con mas instancia, presentaron al fin la encuadernacion vacía de un catecismo, diciendo: "Todo está contenido aquí dentro."—"En otro tiempo, mis queridos niños, sí, en otro tiempo todo estaba conienido aquí," respondió el viajero (1).

Los protestantes han dado al mundo el espectáculo de sus variaciones y de sus rompimientos, en tanto que han tenido algo que perder de su fe; pero el dia en que han disipado ya todo su patrimonio, viven en paz en una indiferencia comun, y por consiguiente, en una tolerancia recíproca de todo modo de pensar. En otro tiempo, las sectas se contradecian y chocaban unas contra otras, como las aguas salidas de la meseta de una montaña, y detenidas en las fragosidades de la vertiente; pero en el dia, duermen confundidas como estas mismas aguas despues de llegar á la llanura, y como ellas se deslizan sin ruido, pero tambien sin límites.

Una sola cosa ha hecho vivir por tan largo tiempo el protestantismo, y prolongará todavía por algun tiempo mas sus apariencias de ecsistencia: la grandeza y la fuerza siempre permanente de la Iglesia católica, y esto, por dos razones:

La primera, porque conservando de una manera fija, y teniendo levantado en medio del universo el depósito incólume de la fe cristiana, la Iglesia, *columna y base de la verdad*, como la llama S. Pablo, ha hecho resaltar como un gran testimonio el punto de partida de los protestantes, la decadencia y las infinitas variaciones de su fe, y ha impedido que esta fe se estraviara y desapareciera tan pronto como lo hubiera hecho sin esta advertencia saludable y este testimonio acusador.

La segunda razon es, que los protestantes, divididos sobre todo lo demas, y no ecsistiendo ni siquiera en sí mismos, han encontrado un centro de enlace y un foco de animacion en su hostilidad contra el catolicismo; satisfaciendo tanto mas fácilmente esta hostilidad, en cuanto la Iglesia, como dijimos, ocultando su fuerza invencible bajo las apariencias de la debilidad, han creido poderla destruir y han vivido con esta ilusion.—En esto encontró el protestantismo lo que constituye la vida de todas las cosas: *la unidad*. ¡Triste unidad! Es la unidad de la oposicion y del odio, como lo indica la misma palabra *protestante;* pero al fin unidad, que es reverso de la medalla de la unidad católica, ó mas bien *la unidad católica atacada*. No es mas ni menos el protestantismo: una negacion. El célebre Hegel lo caracterizó perfectamente cuando dijo: *Se han unido en la nulidad;* y un celoso protestante, el obispo de Saint-David, queriendo definir el protestantismo, no supo encontrar mas definicion que la siguiente: *Es la abjuracion del papismo*. De modo, que los protestantes *no son* católicos: esto es todo lo que son. Son conjurados; no hermanos. Suprimid el protestantismo, y el catolicismo subsistirá siempre lo mismo despues que antes, porque su ecsistencia es esencialmente afirmativa; al contrario, suprimid con el pensamiento el catolicismo; ¿qué quedará del protestantismo?....

Ved cómo los pintó Tertuliano, catorce siglos antes de su ecsistencia, en la persona de los herejes de su tiempo: "Opuestos los unos á los otros en su "creencia, todo les es igual; y si alguna vez se con-"cilian, es para triunfar de la verdad. Nunca pien-"san en convertir á los impíos, sino en pervertir á "los nuestros; hacen consistir su gloria en derribar "á los que están de pié, en vez de levantar á los "caidos. No me estraña esto, porque ni ellos mis-"mos pueden levantarse, sino sobre las ruinas de la "verdad, y este es el motivo porque se esfuerzan "en destruir nuestra Iglesia para edificar la suya. "Quitadles la ley de Moysés, los profetas, el Dios "criador, y les taparéis la boca: no entienden nada "en edificar, y todo su talento se reduce á destruir. "Ademas, no conocen ni aun el respeto á sus pre-"lados, y esta es la causa de que no haya cismas en-"tre ellos. Nunca están divididos; pero su misma "union es un cisma perpétuo; varían sin cesar, y se "separan de sus propias reglas; cada uno interpre-"ta á su placer la doctrina que se le ha enseñado, "de la misma manera que el que se la ense-"ña la habia inventado segun su fantasía. En sus "progresos no desmiente nunca la herejía su natu-"raleza y orígen. Los valentinianos y los marcio-"nitas tienen tanto derecho á innovar segun su an-"tojo en la religion, como Valentino y Marcion. El " que ecsamine á fondo las herejías, las encontrará "á todas en disidencia con sus autores. En fin, la "mayor parte ni siquiera reconocen iglesias; son "flotantes, sin madre, sin fe, sin casa ni hogar (1)."

Esta pintura de los marcionitas y valentinianos se adapta perfectamente á nuestros modernos sectarios; y aun cuando lleguen á desaparecer estos como aquellos, se aplicará tambien con la misma ecsactitud á los nuevos fautores de herejías que

(1) Lessing, citado por el baron de Starck. (*Razon del Cristianismo*, t. III.)

(1) Tertul., *De Proescriptionibus*, núm. XLII.

los siglos futuros verán surgir contra la Iglesia; porque las herejías se succeden unas á otras, pero la herejía permanece siempre para atestiguar y hacer resaltar con sus variaciones y su impotencia, la invencible inmutabilidad de la Iglesia. Deben tomarse en este sentido aquellas palabras que producimos al principio: OPORTET HÆRESES ESSE (1).

La herejía protestante, considerada como *herejía*, ha llegado ya á su ocaso. El protestantismo, muriendo y muerto en todos sus visos de cristianismo, no conservará mas que el carácter de hostilidad contra la Religion; carácter que le es comun con la impiedad de todos los tiempos, é irá á perderse en el filosofismo y naturalismo: esta será su última metamórfosis.

En semejante situacion sucederá irremediablemente una grande escision en el partido protestante, escision que el observador atento descubre ya diseñada á lo lejos (2). Todos los de este partido que conservan todavia algun resto de cristianismo en su corazon; que quieren una religion positiva; que la quieren para sí y para sus descendientes, y para sus subordinados y sus súbditos, se verán en la necesidad de romper con los que, bajo el nombre de protestantes, solo trabajan, como dice Stapfer, *para escamotar al pueblo su religion.* Al fin comprenderán que la época del cristianismo protestante se acabó; que ya no es mas que un edificio en ruina, y como dice Muder, una miserable cabaña, de la cual es menester salir para volver á entrar en esa Iglesia edificada sobre *roca viva* por la mano de Jesucristo, en cuyo seno murieron los padres de sus padres, y que por su milagrosa conservacion despues de dos mil años, y por su resistencia á los últimos asaltos de la herejía y la impiedad, debe haber acabado sus pruebas á los ojos de los menos ilustrados. Las preocupaciones contra el *papismo*, que el protestantismo naciente podia alimentar, y que se han esplotado y alimentado en los espíritus con tanta perfidia, no serian ya escusables en el dia, cuando la ciencia ha venido á levantar todos los velos, y que parece haber llegado el tiempo de la imparcialidad para todas las grandes cosas. Para declamar en la actualidad contra el *papismo*, es preciso no solo ser protestante sino *anticristiano* Las denominaciones de *papistas* y *protestantes* deben parecer tan anticuadas como las de *güelfos* y *gibelinos*. No hay mas que dos principios en boga: la *fe* católica y el *racionalismo*, ó en otros términos, los que tienen religion y los que no tienen ninguna. La razon aislada no puede encontrar en sí misma un fundamento sólido de religion; tiene su *instinto*, que no sirve sino para atormentarla con investigaciones infinitas; pero no su *solidez*. Esta solidez no puede encontrarse mas que en una autoridad estable y venida de lo alto; y esta autoridad no se encuentra en ninguna parte mas que en esa Iglesia, á la cual se dijo: *Como yo fui enviado, te envio*, y en la cual se ha realizado esta promesa: *Yo estoy contigo hasta el fin de los tiempos.*

Todo esto ha sido admirablemente reconocido hace poco por los doctores de la universidad de Oxford, tan acreditados en la iglesia anglicana. "Los católicos, dicen (1), han conservado una Iglesia visible y custodia de los sacramentos, y tienen "ademas la ventaja de poseer un instrumento adaptado desde el principio á las necesidades de la naturaleza humana, y al cual Jesucristo vinculó en "seguida su gracia y sus bendiciones. Vemos los "buenos efectos que su celo sabe sacar de esto....; "la antigüedad, la universalidad y la unidad de su "Iglesia los hacen superiores al mundo y á las innovaciones religiosas del dia. A la vista de un "sistema tan bello y tan bien ordenado, no pedemos "dejar de suspirar, pensando que estamos separados de ellos."

La urgente necesidad de una autoridad en materias de fé es tal, que la razon cansada de su propia independencia, se siente inclinada á encadenarse á sí misma para encontrar algun descanso. Escuchad estas admirables palabras de un célebre protestante que ha sido un gran filósofo:

"Si yo hubiese nacido católico, permaneceria "siempre católico, porque sé bien que vuestra Iglesia, pone saludable freno á *los estravíos de la razon humana, que no encuentra ni fondo ni ribera*, "cuando quiere sondar el abismo de las cosas, y "porque estoy tan convencido de la utilidad de este freno, que *yo mismo me he impuesto uno semejante*, prescribiéndome, para lo restante de mi vida, "algunas *reglas de fe, de las cuales no me permito "separarme....* Y os juro que no estoy tranquilo "sino desde que he hecho esto, bien persuadido de "que sin semejante precaucion no lo hubiera estado nunca.... Os hablo, señor, con toda la efusion "de mi alma, y como podria hacerlo un padre á su "hijo."

¿Quién trazó estas líneas? ¿Quién es el desgraciado que así encadenó su razon y se prohibió hacer uso de ella, queriendo emplearla mejor? ¿Quién perdió hasta tal punto la conviccion de su fé, no conservando de ella mas que lo que tiene de repugnante? Es J.—J. Rousseau (2). ¡Qué confesion y qué castigo! Este hombre, este protestante verdadero, á quien su patria echó en vida de su seno, porque llevaba la incredulidad demasiado lejos, y á quien levanta ahora una estátua, porque la resume toda, el filósofo de Ginebra, el *libre pensador*, que se vió obligado á suspender de ejercicio á su razon, como si estuviera loca, y á encadenarla á un acto postrero de sí misma, que sin presentar mas garantía de sus actos precedentes, no tiene mas mérito que ser el ultimo; este filósofo, decimos, reducido á crearse una fe ficticia para poder hallar algun descanso, para acabar con ella; una fe absurda, y que era menos que una sumision, una supresion de su razon; porque ¿en dónde aprendió Rousseau esas reglas de fé, *de las cuales no se permite á sí mismo separarse mas?*—en su razon;—y ¿qué es su razon?—es una loca que no hace mas que *estraviarse, y que no encuentra ni fondo ni ribera cuando quiere sondar el abismo de las cosas.*—De modo que da *reglas* á su fe una razon esencialmente *desarreglada*, y se encierra en esta razon para librarse de su *desarreglo.* ¡Qué aberracion! Dice que *no se permite separarse mas de ellas:* lo creemos; pero ¿por qué? ¿Es acaso por la *fe* que tiene en la bondad de estas reglas? No. ¿Es tal vez por desconfianza, no viendo en estas mas que un estravío de su razon? Estas reglas de fe no son pues mas que un entredicho puesto á su razon, y un divorcio de su pensamiento con el cielo.

(1) I. Cor. XI, 19.
(2) Obsérvese lo que está pasando en Inglaterra.

(1) *Tratados para los tiempos presentes*, t. III.
(2) *Cartas*, t. XXXI, p. 153, ed. 18, Paris, 1793.

Hé aquí el último término, y por decirlo así, la última convulsion del racionalismo, que á su vez no es mas que una degeneracion del protestantismo; pues entre este y el racionalismo no hay mas que la *Escritura* que, sola y desprovista del aucsilio de una autoridad docente é interpretante de su misma naturaleza, no puede librarse de la tendencia de la razon á asimilársela, y hacerla participar de sus propias fluctuaciones.

Esta última verdad es el punto culminante del presente *Estudio:* hemos procurado establecerla y seguirla en todas sus ramificaciones y consecuencias, tan fatales para la razon y para la fe, en oposicion á la sabiduría que resplandece en la divina institucion de la Iglesia.

Terminarémos, pues, nuestro trabajo invocando aquí una opinion muy respetable y elevada, libre de las preocupaciones modernas y perfectamente adecuada á nuestro asunto; opinion que no pertenece ni á un católico, ni á un protestante, ni á un escéptico, sino á la mas sublime filosofía antigua, y que merece ser atendida por los que se glorían de no seguir mas que las inspiraciones de la razon.

Hé aquí como habla Platon:

"El hombre, que debe toda su instruccion á la "*escritura*, nunca poseerá mas que las apariencias "de la sabiduría. La palabra es á la escritura lo "que un hombre á su retrato. Las producciones de "la pintura se presentan á nuestra vista como vivas; pero *si las interrogamos, guardan silencio.* Lo "mismo sucede con la *escritura, que ignora lo que "es menester decir á unos y ocultar á otros.* Si se la "ataca ó insulta sin razon, no puede defenderse, "porque *su padre no está con ella para ayudarla.* "De modo que es UN GRAN NECIO quién crea poder *establecer por medio de la sola escritura* una "doctrina *clara y permanente;* y si realmente poseyera los verdaderos gérmenes de la verdad, se "guardaria muy bien de creer que *con un poco de "licor negro y una pluma*, puede hacerlos germinar "en el mundo, guardarlos de la inclemencia de las "estaciones, y comunicarles la eficacia necesaria. "Cualquiera que sea quien así piense, particular ó "legislador, y ya lo diga ó lo calle, siempre será "indigno de consideracion y honor (1)."

Tal vez nunca se ha espresado la sabiduría humana con tanta ecsactitud. ¿Qué mas podia hacer que proclamar la inutilidad de las doctrinas humanas, y qué remedio podia ponerle? El mas perfecto de los legisladores humanos se ve obligado á abandonar, al morir, su ley á merced de los errores y pasiones de sus semejantes. Para conservarla intacta seria preciso que él mismo pudiese perpetuarse y multiplicarse para acompañarla siempre y por todas partes, apoyarla, defenderla y esplicarla en la infinita variedad de sus aplicaciones; seria preciso á lo menos que su *espíritu*, el mismo espíritu que concibió la ley, se trasmitiese al alma de los encargados de aplicarla, y se sucediese en ellos, hasta la revolucion de los tiempos señalados á su duracion.

Si á semejante condicion se hallan condenadas la fuerza y la duracion de las instituciones y leyes de una ciudad ó de una escuela, y solo en lo relativo á los intereses esteriores y superficiales de la vida, ¿qué deberemos pensar de una doctrina que se dirijiese á todo el género humano, y pretendiese una duracion eterna, que debiese propagarse entre mil naciones distintas en orígen, costumbres, clima y lenguaje; que tuviese que atravesar centenares de siglos diferentes en conocimientos, preocupaciones, revoluciones y trasformaciones, y reinar no solamente sobre las acciones y en la superficie, sino en lo mas íntimo del corazon y del pensamiento, contrariando todas las preocupaciones y todas las tendencias por medio de preceptos inflecsibles y de dogmas misteriosos, sin perder, á pesar de esto, nada de su sencillez, de su integridad, ni de su pureza original?

Si el autor de semejante empresa hubiese comunicado su pensamiento á Platon, este le hubiera contestado, sin vacilar, las siguientes palabras: sois ó un loco ó un Dios.

Sois un loco, si pensais llevar á cabo este gigantesco proyecto de universalidad y perpetuidad por medio de las promulgaciones y persuasiones humanas, y principalmente por medio de la *sola escritura*, y desde luego os pronostico, con toda seguridad, que, lejos de alcanzar lo que deseais, vuestra doctrina no podrá dar un paso ni vivir un dia sin ser juguete de mil variaciones, presa de mil sectas, y que, en el corto tiempo que de ella se hable, dejará por todas partes la confusion, la division y el mas incurable escepticismo.

Pero si el autor de la empresa hubiese añadido: No escribiré ni una palabra de mi doctrina, y marcharé sin haberla grabado sobre el mármol ni sobre el acero; solo depositaré algunas instrucciones, algunos gérmenes de mi verdad en el alma de doce pobres discípulos organizados bajo un jefe único; pero al depositarlas en su alma, depositaré tambien en ellos para hacerlas *germinar por el universo, el espíritu de su maestro que hablará por su boca, que*

(1) Platon, *In Phoedra, op.*, t. x, p. 381, 382, 384, 386, 387, ed. Bipart.

les enseñará toda verdad, y les recordará cuanto yo les hubiere dicho (1). *Y escribiré para ellos mi ley,* NO CON TINTA, *sino con espíritu de verdad; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne que son los corazones* (2). *Yo les inspiraré lo que tendrán que decir* á unos y callar á otros, *porque todo cuanto digan les será con oportunidad inspirado* (3). En fin, *yo mismo estaré con ellos* para ayudarlos, y con los que les sucederán y con la sociedad reunida á su voz, *todos los dias, hasta la consumacion de los siglos* (4). Mi cuerpo estará ausente, pero mi espíritu estará siempre presente, y comunicándose por medio de ellos *á todas las naciones*, circulará en el seno de la humanidad como una nueva luz para los espíritus, como un nuevo fuego para los corazones, juntará toda la tierra en la indisoluble unidad de mis representantes, con quienes yo mismo estaré siempre unido, *de modo que todos juntos no formen mas que uno solo* (5).

A semejante esplicacion hubiera sin duda contestado el sabio Platon: Vuestra concepcion solo puede pertenecer á un Dios. Jamas salió de la cabeza de un mortal empresa tan vasta y sublime. Pero permitidme, hombre estraordinario, que á pesar de la entusiasta admiracion que ella me inspira, os diga que cuanto mas divino me parece semejante pensamiento, mas me voy convenciendo de que solo un brazo divino puede llevarlo á ejecucion; porque la empresa está destituida de toda clase de medios humanos, carece de toda causa natural, y revela un poder de inspiracion y de ayuda que en realidad no puede proceder mas que de un Dios. Permitidme pues que os aplace para la ejecucion, y entre tanto venid á sentaros conmigo en los dominios de la utopia donde descansa mi *república*, aun cuando sea en sitio mucho mas elevado que esta, y en la mas encumbrada region de ese pais de quimeras, tanto por lo que hay de sublime, como por lo que hay de impracticable en vuestra concepcion.

Si en este momento el misterioso interlocutor, tocando los ojos del filósofo, hubiese podido fijar sus miradas en una perspectiva de veinte siglos, y le hubiese desarrollado la marcha y el desenvolvimiento de la doctrina cristiana y todos los combates de la Iglesia, todos sus triunfos, todas las potencias del mal vencidas y aniquiladas por ella, en toda la estension del universo; esta Iglesia, tan invulnerable contra la prosperidad como contra los reveses, contra las seducciones como contra la fuerza, contra la inclemencia de los espíritus, como contra la de las estaciones; sola durando siempre, sola viviendo por todas partes, sola sin conocer la corrupcion ni el error, y rejuveneciendo por veinte veces sucesivas el universo estinguido en su seno maternal; tan grande y elevada, que trata con las naciones lo mismo que con los individuos, con los siglos del mismo modo que con los dias; tan desprovista de todo humano socorro que cualquiera puede insultarla, y tan fuertemente asentada sobre sus divinos cimientos que todos los pueblos reunidos no pueden conmoverla; tan atribulada, en una palabra, y tan fuerte y vigorosa despues de veinte siglos de trabajos y combates que es mas dificil imaginar cómo podria acabarse, de lo que lo era al principio comprender cómo podria empezar.

A semejante perspectiva, el díscipulo de Sócrates habria sentido la presencia de Dios, y prosternándose á los piés del nuevo maestro, habria esclamado: Vos sois el que yo buscaba, *el Verbo, el Dios Salvador que yo invocaba, lo mismo que su Padre y Señor, á fin de que por medio de una* ENSEÑANZA ESTRAORDINARIA Y MARAVILLOSA *nos salvase, instruyéndonos en la doctrina verdadera.* Verdad coeterna con Dios! ¡Sabiduría increada! yo os entreveía detrás de las nubes de mi filosofia, y vuestra incierta luz vibraba en el fondo de las tinieblas de mi razon. Solo vos habeis podido concebir tan grande obra para daros de nuevo al mundo. Se os descubre en toda ella: su pensamiento y su ejecucion solo pueden pertenecer á un Dios.

CAPITULO XIV.

Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse.

"El mahometano, el persa, el indio, el chino, etc., "todos esos pueblos qne forman las cuatro quintas "partes del mundo, arderán eternamente en el infier-"no, por que la casualidad no los hizo nacer cris-"tianos...Esto es indudable, pues está escrito que: "FUERA DE LA IGLESIA NADIE PUEDE SALVARSE. "¡Que horribles palabras! Me acuerdo que sien-"do aun muy jóven causaban mi desesperacion. "¿Cómo puede ser, me decia á mí mismo, que tan-"tos pueblos que no son cristianos, y que ni siquie-"ra conocen el nombre de Cristo, y tantos otros "que ecsistieron antes de la venida de Cristo, sean "culpables del crímen de su nacimiento, que solo "depende de Dios?....Debo ser franco: esto me "parece el colmo del absurdo.—Pero vos me de-"cís que no debemos querer penetrar en los secre-"tos de Dios, y que su misericordia es infinita.— "En este caso seria falso que *fuera de la Iglesia* "*nadie puede salvarse*, de modo que esto no seria "mas que un espantajo, para que los hombres no "se separasen de su seno."

Tal es la dificultad, testualmente trascrita, del programa que ha dado motivo á estos *Estudios.* Es menester convenir en que está presentada con fuerza, porque es hija de una conviccion generosa.

Sin embargo, nosotros queremos prestarle nueva fuerza todavía, y completarla, tomándola desde su orígen, y de su mas hábil y peligroso defensor, J. J. Ruosseau, pues fué él el primero que dió el impulso á todas esas imprecaciones de *intolerancia*, lanzadas durante los últimos sesenta años contra aquella máxima fundamental de la Iglesia católica.

(1) *Evang. seg. S. Juan*, cap. 14, v. 26, y cap. 16, v 13.
(2) *Epist. á los Corint.* II, cap. 3, v. 3.
(3) *Evang. seg. S. Mat.*, cap. 10, v. 19.
(4) *Evang. seg. S. Mat.*, cap. 28, v. 19, 20.
(5) *Evang. seg. S. Juan*, cap. 17.

"¡No permita Dios, dice en su *Emilio*, que yo "predique jamas á los hombres el cruel dogma de "la intolerancia! Si ecsistiera una religion en la "tierra, fuera de la cual no hubiera mas que penas "eternas, y que en cualquiera lugar del mundo un "solo mortal de buena fé no fuese herido de su "evídencia, el Dios de semejante religion seria el "mas inícuo y el mas cruel de los tiranos."—"Me "anuciais, hace decir en otro lugar al salvaje, un "Dios nacido y muerto hace dos mil años en el "otro estremo del mundo, en no sé qué pequeña al-"dea, y me decís que todos los que no creyeren en "este misterio se condenaran. Decís que habeis "venido á enseñármelo; pero ¿por qué no venisteis "á enseñarlo á mi padre, ó por qué condenaís á "este buen viejo por haberlo ignorado? ¿Debe ser "castigado eternamente á causa de vuestra tardan-"za, siendo así que era tan bueno, tan benéfico, y "que siempre buscaba la verdad?"....—"Obliga-"dos por estas razones: continúa, prefieren unos "hacer á Dios injusto, porque castiga en los ino-"centes el pecado de sus padres, que renunciar á su "bárbaro dogma, y otros se forjan la ilusion de que "envía un ángel a instruir á cualquiera que per-"maneciendo en una ignorancia invencible, hubiese "vivido moralmente bien. ¡Qué bella invencion la "de este ángel! No contentos con servirse de él "como de una máquina, ponen al mismo Dios en la "necesidad de valerse de sus servicios."

Si en vez de tomarla fastuosamente por divisa, hubiese realmente querído Rousseau mostrarse fiel á la máxima: *Vitam impendere vero;* y si en vez de cubrirse con los hábitos del *vicario saboyano*, para hacerle hablar contra la Iglesia, hubiese consultado con el de su parroquia para enterarse de la doctrina católica antes de combatirla, hubiera visto, que tergiversaba estrambóticamente esta doctrina, ó que juzgaba de ella con una ligereza imperdonable. Pero no era este el cálculo del altanero sofista, que como un nuevo Erostrato no creyó pagar demasiado cara su inmortalidad con el incendio del templo.

El templo salió de sus cenizas, y todos aquellos ataques subversivos no sirvieron sino para descubrirnos y hacernos admirar mejor sus indestructibles cimientos.

No es tan fácil como creen algunos el confundir la verdad católica. Hay quien se figura hacerlo, y no hace mas que herirse á sí mismo con el dardo que le dispara, y convencerse de la sabiduría de una doctrina tan no inventada por el hombre, que el primer movimiento de éste es burlarse de ella, así como el último y mas sublime esfuerzo de su razon es adorarla.

Esto es lo que esperamos demostrar en el presente estudio.

Pero como nunca estará por demas el método y la claridad, en una materia que el espíritu del error solo ha logrado embrollar y hacerla desconocer á fuerza de confusion y desórden, hemos dispuesto nuestro tratado de la manera siguiente:

Hay que restablecer y fijar estas tres verdades:
1.ª Intolerancia de la Iglesia.
2.ª Tolerancia de la Iglesia.
3.ª Conciliacion de aquella intolerancia con esta tolerancia.

La materia es rica y abundante, y puede compensarnos con usura del trabajo de su esploracion.

I.

Intolerancia de la Iglesia.

1.° LA INTOLERANCIA es la ley de las leyes, y por consiguiente la condicion necesaria de todo lo que pretende ecsistir. Desenvolvamos esta proposicion.

Nada ecsiste, no solo en las sociedades humanas, pero ni en toda la naturaleza, sino segun las leyes á que se le ha sujetado. Cada sér tiene su ley, su manera de ser, que le es propia, y segun la cual es mas ó menos invariablemente lo que debe ser. La evidencia de esta verdad debe hacérnosla considerar como un acsioma.

Debemos igualmente conceder que la idea de ley envuelve en sí la idea de sancion. Decir ley es lo mismo que decir mandamiento y amenaza, en cuyo término hay prescripcion ó castigo. Una ley que pudiésemos seguir ó desechar á nuestro antojo, dejaria de ser ley. Por esto todas las definiciones de la ley revelan la idea de la necesidad ó de la fuerza: la ley, dice Ciceron, es lo que tiene derecho de *mandar ó prohibir;* las leyes, dice Montesquieu, son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas.

Por consiguiente, si la *necesidad* es el carácter de la ley, y si la ley es el carácter de la ecsistencia de todo sér, de tal manera, que no podemos concebir un sér sin su ley, y su ley sin necesidad, preciso es deducir de aquí, que todo sér lleva en sí su necesidad de sér, fuera de la cual perece ó hace perecer: en una palabra, su *intolerancia.*

Ecsaminad todas las leyes imaginables, físicas ó morales, naturales ó positivas, civiles ó religiosas, y ved si fuera de estas leyes podréis disfrutar de lo que ellas contienen, y si esto no se desvanece para vosotros al momento en que violais esas leyes. Edificad una casa sin querer seguir las leyes de la gravedad, y la casa se desplomará; haced un acto contrario á la ley natural, y perderéis la tranquilidad de la conciencia y el sentimiento inestimable de vuestra dignidad; infringid una ley positiva, y perderéis vuestros derechos; olvidad siquiera una formalidad, y vuestros actos serán declarados nulos. Por todas partes y siempre, en vuestro interior y alrededor de vosotros, en la sociedad como en la naturaleza, encontraréis la *intolerancia*, pero precisamente esta intolerancia constituye el órden, el equilibrio y la armonía del universo; porque si cada sér no se hallase protejido contra los demas, ó contra sí mismo por la necesidad de sus leyes, habria en el mundo una confusion universal.

Pero esta sancion constitutiva de cada cosa, que llamamos intolerancia, está en relacion con su naturaleza y su fin, y debe consistir evidentemente en la privacion de la ventaja que esta cosa está desti-